



Un inglés muy cascarrabias

Philip Larkin (1922-1985), poeta, bibliotecario, novelista y crítico de jazz, es seguramente una de las figuras más incómodas pero aclamadas de las letras inglesas del pasado siglo. Su caudalosa e irreverente correspondencia se publica por fin en español gracias a La Umbría y la Solana.

Philip Larkin

1 de octubre de 1950

¡La estrella vespertina se alza frente a mi ventana!

Queen's Chambers, Queen's University, Belfast

Querida Mónica:

Bueno, sin duda ya estoy aquí, mi primer día en Irlanda. ¿Reacciones? Mejor empiezo por el principio.

El tren en el que viajaba atravesó las canteras húmedas de Derbyshire hasta ofrecerme la visión más espantosa de Mánchester, oscurecida por el anochecer. Allí tomé un té y rollitos de jamón (aunque no era jamón de verdad). Tren a Liverpool, autobús a los muelles y caminata a través de un montón interminable de naves hasta encontrar el Ulster Duke que salía a las nueve y media. Mientras tanto, comí *fish & chips* y me tomé dos pastillas de hioscina, cobijado en mi abrigo de lana. Las dejé que me fueran haciendo efecto sentado en cubierta, mientras miraba cómo los alargados muelles vacíos iban alejándose lentamente. Tardamos una hora larga en salir de Liverpool. Entonces me fui a la cama. Me desperté a las cuatro y media de la madrugada. Miré a través de la ventana y vi el movimiento de las olas no demasiado altas. No me mareé en ningún momento, alabado sea Dios. Antes de irme a la cama terminé *August folly*: muy buena lectura.

Esta mañana he venido aquí en coche y me he encontrado con que Queen's Chambers son tres grandes casas de fachada holandesa (la-drillo rojo) convertidas en una.

Pregunta: ¿Te gusta tu habitación?

Respuesta: Francamente, no. Es bastante grande y tiene buenas vistas, pero no hay moqueta, solo ese horrible y gomoso linóleo verde que cubre todo el lugar.

P: ¿Está recién pintado, al menos?

R: Verde hierba y reciente. Mis velas desenterrarán. El lugar en-

tero me recuerda a ciertos hoteles mediocres de Londres en los que me he alojado.

P: Seguro que la comida no es tan mala, ¿verdad?

R: Tampoco tan buena. El rosbif del almuerzo estaba tan insípido como un ciempiés. Y no me gusta que a partir de las siete de la tarde ya no haya ninguna comida. Voy a pasar hambre.

P: El administrador, sin embargo, parecía...

R: El administrador está bien si te gustan los historiadores viejos y aburridos que rinden culto a Jane Austen y juegan al ajedrez. No, escucha, amiga, la habitación está muy vacía, la pantalla de la lámpara es de papel marrón, la luz de las bombillas es demasiado débil, el ruido de los tranvías es tedioso, el contador del gas de seis peniques resulta caro, hay estudiantes por todas partes, sirvientes perversos (¿dónde está la correa de mi maleta?). En algún sitio Michael Innes habla de la mezcla de lujo refinado e incomodidad bárbara que destila la vida del catedrático de Oxford: igual que la vida del catedrático de Belfast, excepto por el lujo exquisito.

P: Hay agua caliente.

R: Sí, de eso hay. (Telón)

Esta tarde, un breve paseo por Belfast (después de tomarme un Nescafé sin leche con el administrador) me ha reavivado los recuerdos que tenía de esta ciudad amplia y adoquinada, con filas de edificios victorianos tardíos que parecen tener el ceño fruncido y algunas tiendas *abúlicas*. Estoy harto de todo lo que se llame Ulster, Northern, Victoria, etcétera; también de la cara de los hombres irlandeses (escarpada, borracha, con rizos negros grasientos...) y del rostro de las mujeres irlandesas (regordete, con mala dentadura, sonrosado por el colorette y con un lagarto de diamantes en la solapa).

Pese a todo, pido auxilio a toda mi insensibilidad artística, que espero que perdure, ipero Digby!, ipero Beaumont! De verdad, querida, que lo que yo tenía en mente era más verdadero que tu arte y artesanía. Por cierto, este sillón tiene los brazos de madera. Hay

tres iglesias presbiterianas en un kilómetro y medio a la redonda. ¡Ah, *quelle horreur!* Pero también podría añadir que si no fuera por una equivocación de los porteros, yo debería estar en la número 18, una habitación peor, y no en la 25. Un tal señor Graham debería estar en esta habitación.

Qué fea es mi letra.

Bueno, me temo que no habrás tenido muchas novedades que te hagan olvidar nuestra separación. Esta carta te estará esperando cuando llegues y espero que te alivie el disgusto de volver a estar con tus viejos colegas. También espero que tu habitación no se haya quedado triste y solitaria ahora que mi letárgica y gorrón persona no está en ella. Realmente siempre recordaré la chimenea y el cesto de *cricket* y todos los objetos sobre la repisa de la chimenea: Fifi y Neddy el triste y la lámpara floreada. Tu vida allí tiene un ritmo demasiado previsible para mí: calentar la leche, cantar en la cocina, secar las medias, etcétera. Haces que todo parezca bastante inusual y fascinante. ("Ahá", "ya estás con el whisky otra

Esta tarde, un breve paseo por Belfast me ha reavivado los recuerdos que tenía de esta ciudad amplia y adoquinada, con filas de edificios victorianos

vez"). Me ha encantado cada visita que te he hecho y no quiero dejar de agradecerte las veces que sea necesario tu amabilidad, gentileza y generosidad. Las tres cosas.

En breve tendré que ir a cenar con Graneek, así que intentaré arreglarme los zapatos y el pelo, y enviaré esta carta. Trabajar mañana, ja, ja, ja. Envejece conmigo. Lo peor está por venir. El adjetivo que debería utilizar hasta ahora es "monótono".

Adiós, querida "Taurus". Cuéntame qué ha pasado y qué estás haciendo. ¿Qué tal fue tu salida con A. S. Collins para ver a Flanagan y Allen?

Cariñosamente tuyo,

Philip

¡Qué honor estar en este lugar, Señor! Es como una mezcla entre el rugby y una prisión de 1840. La ciudad huele a estiércol de caballo. ■

Philip Larkin en una imagen de 1974.

